

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

DÁMASO ALONSO (1898 - 1990)

Dámaso Alonso será recordado, con justicia, por sus notables ensayos sobre la poesía de nuestra lengua, particularmente por los dedicados a Góngora. La resurrección del poeta cordobés se debe, en buena parte, a Dámaso: sus ediciones críticas tanto como sus ensayos fueron una verdadera operación de taumaturgia poética. Sin Dámaso no hubiéramos podido leer a Góngora y sin Góngora nuestra poesía moderna no sería lo que es. Sus contribuciones no se reducen, por supuesto, a la obra y la figura de Góngora; apenas si necesito recordar, entre sus grandes estudios, los consagrados a Medrano y a Andrés Bello de Andrada, casi seguramente autor de la *Epístola Moral* o sus ensayos sobre la poesía moderna, como el de Bécquer. También fueron sobresalientes sus trabajos de estilística. Y algo aún más raro: leyó y comentó con penetración y generosidad a los poetas de su generación y a los más jóvenes. (La excepción fue Cernuda: los separó una diferencia juvenil que ahondaron los años). Es imprescindible añadir que Dámaso Alonso fue un gran crítico porque, ante todo, fue un excelente poeta. Si no hubiese sido por la poesía, se habría quedado en un inteligente erudito. La fuente de su crítica fue la poesía. Como poeta, hay dos momentos de Dámaso Alonso que me conmueven. Uno es el de *Hijos de la Ira*, un libro alternativamente cristiano y estoico, en la gran tradición de la "poesía moral" de nuestra lengua y en el que interiorizó el versículo de Whitman. El otro es el Dámaso juvenil, el delicado lírico de *Poemas puros* y de *El verso y el viento*. Leí algunos de esos breves poemas cuando era estudiante, hace más de medio siglo, en la Antología de Gerardo Diego. Uno de ellos no me abandona desde entonces: *La Nueva Victoria*. Lo recuerdo ahora como si fuese su epitafio, grabado no en piedra sino en mi memoria:

Esta es la nueva escultura.
Pedestal, la tierra dura.
Ámbito, los cielos frágiles.
El viento, la forma pura.
Y el sueño, los paños ágiles.

O.P.

UNA ANTOLOGÍA MODESTA Y RIGUROSA

Sobre el cierre de mi *Antología del poema en*

prosa, preparada para el Fondo de Cultura Económica, cayó en mis manos *The Prose Poem. An International Anthology* (A Laurel Original: New York, 1976; 500 poemas de 70 autores vertidos al inglés por varios traductores) de Michael Benedikt. Dada la exigua bibliografía que existe sobre el tema, inmediatamente, con gran avidez, me dispuse a devorarlo. Pero el bocado se atoró desde el principio. El libro pretende ser "la primera antología que representa al poema en prosa alrededor del mundo", resaltando "la ubicuidad internacional del poema en prosa, y no alguna insularidad", (p.35), y curiosamente incluye a 2 españoles (Juan Ramón Jiménez y Cernuda) y a 11 norteamericanos; Octavio Paz está representado por 2 poemas, mientras que el propio antólogo, muy moderadamente, por 14. De México están antologados también: Juan José Arreola (15 composiciones), Augusto Monterroso (6), Jaime Sabines (9), Marco Antonio Montes de Oca (6) y Ulalume González de León (17 muy breves). Pero si la antología pretende ser omniabarcadora no sólo en el espacio (geográfico) sino también en el tiempo (histórico), entonces, ¿dónde están López Velarde, Reyes, Torri, Owen, para sólo citar cuatro lagunas oceánicas? Y no es todo: estamos de acuerdo en que sea difícil definir al poema en prosa, pero la antología de Mr. Benedikt parece de pronto antología de cuentos, de epigramas, de lo que sea, menos de poemas en prosa: "Mi vida con la ola" de Paz (que, por cierto, Ilana e Irving Howe incluyeron en su reciente antología de cuentos breves, *Short shorts*), "Una reputación" y "Baby H. P." (cuentos) de Arreola, "El eclipse" (cuento) y "Fertilidad" (epigrama) de Monterroso... Como si estos autores carecieran de poemas en prosa. Pero sólo pido un poco más de paciencia, porque falta todavía la obra maestra de la antología: el maravilloso poema "Una familia de árboles" de Jules Renard (quien *tampoco* figura entre los antologados), espléndidamente vertido al español por Genaro Estrada primero y por Juan José Arreola después, aparece como poema original [de Arreola!]

L.I.H.

DE PLAGIOS LITERARIOS

El azar, que a veces es organizador de reuniones más afortunado y certero que la agenda y que, sobre todo, nos evita el riesgo de infligir o sufrir "plantones", nos puso gratamente a tomar café hace unas semanas a Tito

Monterroso, Olbeth y Alejandro Rossi, y al que esto escribe, en un concurrido sitio de esta asfixiante metrópoli, poco simpatizante ya de las tertulias. Uno de los tópicos del azar fue el plagio literario. Monterroso refirió que un niño ganó un concurso escolar con "La Rana que quería ser una Rana auténtica"; cuando al fin lo descubrieron, sus padres lo llevaron nada menos que ante el Autor para que lo sermoneara duramente. Pero el Autor los decepcionó: su sermón consistió en decirle al niño algo así como: "Mejor trata de escribir tus cosas". (Podríamos extraer, entre otras, la siguiente moraleja de la fábula y de esta clase de fábulas: si vas a participar en un concurso literario, asegúrate antes —como hizo el niño— de que tu cultura supere a la del jurado). En otra ocasión, contó también Monterroso, a él mismo le tocó conceder el premio de un concurso juvenil de cuento. Le gustó tanto el cuento ganador que invitó a tomar un café al imberbe autor, dispuesto a aprender de él lo más posible. Pero el imberbe autor —esto es común, por lo demás, en el arte y en la literatura, como bien sabemos— resultó pálido y notoriamente inferior al lado de su obra maestra. Al poco tiempo, un amigo de Tito le reveló que en realidad había premiado a Mark Twain.

Después de concluir que: pocas formas de autohumillación espiritual tan degradantes como servirse del talento ajeno para revestir la ausencia del propio, etc., y ya entrados en la tercera ronda de cafés, Rossi soltó de repente un: "¡Pues yo por lo menos sé que tengo un lector en Mallorca!" Efectivamente, este curioso lector ganó también un concurso literario en Mallorca, España, en 1988, con un cuento que, sin embargo —cuidado, Rossi— no es el mismo que "Entre amigos" (de *Sueños de Occam*, 1983 o *El cielo de Sotero*, Ed. Anagrama, 1987), porque, sí, empieza igual, se desarrolla igual y termina igual, pero no está escrito igual, porque los nombres de los personajes son distintos y alguna expresión venezolana se tradujo de manera admirable en una mallorquina. Además de que se advierte un poco de diestra "corrección de estilo". En fin, qué lástima de verdad, le dije a Alejandro, que no te hayan invitado a Mallorca a entregar el premio, pues quién mejor que tú para haberlo si no otorgado sí cuando menos entregado. Premio, dicho sea de paso, a una admirable capacidad metafísica, telepática o cibernética —programada, digna de nuestra asombrosa era plantería y transplanetaria.

L.I.H.